

SER MUJER

Lorenzo es una persona muy inquieta, de esas que dicen que nunca están en paz. Y es cierto. Desde niño fue así. Practicó todos los deportes habidos y por haber, cantó en el coro de la escuela, fue el abanderado de los desfiles, ganó premio como el mejor orador. Siempre sacaba dieces en la escuela, no por estudioso sino porque supo inventar muchas formas de copiar a sus compañeros. Lo expulsaron tres veces en primaria y dos en secundaria. La prepa no la hizo porque odiaba estar encerrado. De un trabajo pasó a otro: lavador de platos en un restaurante, vendedor de productos americanos casa por casa, mecánico hojalatero, boxeador, estudiante nocturno de computación, delegado político de su colonia, agente viajero de productos medicinales, guía de turistas en la Basílica de Guadalupe, falso periodista, extra en una película de ladrones y policías y para qué seguir. Y todo este cambio de trabajo no era sólo por no ser eficiente o por mala conducta. No, lo que sucede es que Lorenzo quiere conocer de todo. Por él sería astronauta y paracaidista, líder político y cura de iglesia, ratero y vendedor de drogas, gerente de un lupanar y Caballero de Colón, bailarín de un Chipendale o monje tibetano. Todo le interesa. Pero algunas cosas más que otras, eso hay que decirlo. No le interesa ser político honrado, de los otros sí. Tampoco le interesa ser bailarín o corredor de autos. Menos ser filósofo o matemático. Algo ser músico, pero no tanto como otras cosas. Ser escritor jamás lo pensó.

Por supuesto también practicó todas las artes sexuales. Ninguna se le escapó. Si se trata de escoger él tuvo mayor gusto siendo sádico que masoquista, aunque probó ambas cosas. También quiso ver lo que era sentirse enfermo, enfermo de verdad, no con una triste gripe o diarrea. Se contagió, a propósito, de hepatitis. Casi se muere pero supo lo que era eso.

Ni qué decir de las drogas y el alcohol. Todo lo probó pero acabó por desecharlas. Él, con su imaginación, construía mundos más interesantes.

Ahora, a sus treinta años tiene un deseo mayor a cualquier otro del pasado, quiere saber que se siente ser mujer. No vestirse de mujer, eso lo hacen los travestís y eso ya lo probó. No, quiere ser mujer de verdad, sentir como mujer, desear como mujer, pensar como mujer.

Lo primero que hizo fue estudiarlas más a fondo, observarlas, estar cerca de ellas.

¡Cuántas sorpresas se llevó! Antes que nada vio que ellas no son nada constantes, casi igual a como es él. De repente tienen calor y frío, están alegres y tristes, aman y odian al mismo tiempo, les interesa la cultura pero se dedican a ver muchas telenovelas, rezan mientras desean la muerte de la secretaria de su marido o de su suegra. Lloran porque no les alcanzaba el dinero y se van de compras al mall. Sufren por estar gordas pero no paran de comer. Ninguna cumple años y todas presumen de estar totalmente sanas pero se quejan de los dolores menstruales y las migrañas. Su bella cabellera negra la cambian por una horrible semidorada. Les molesta, y hasta protestan, de que les digan cosas en la calle pero no dejan de pasar por ese lugar luciendo prendas ajustadas. Todo se les olvida menos lo que tienen que reclamar al marido o a los hijos. Hablan horas y horas horrores de la servidumbre pero no pueden vivir sin ella. Critican enormemente a las mujeres chismosas pero disfrutan hablando bien y mal de los demás. Sus llantos más amargos los suspenden al instante en que las invitan o les regalan algo.

Siguió observándolas llamándole la atención su actuación ante los demás y en especial ante su familia. Le llamó actuación pues pudo ver que era estudiada, fingida, todo para lograr algo. Una de sus mejores actuaciones es la de la mujer mártir, la que sufre, la que deja que la maltraten y hasta la golpeen. Qué bien hacen ese papel. Gimen, lloran, se

desgarran la ropa, se desmayan, se fingen enfermas. Alguna sí es mártir en realidad, pero no por eso deja de presumirlo. El marido las trata mal, los hijos las tratan peor, y ni que decir de la suegra, las cuñadas y demás. En sus trabajos todos abusan de ellas, les cargan el trabajo, no les pagan horas extras, ganan menos que los hombres, les dan la computadora más vieja o la oficina con menos luz, no obtienen permisos ni para su parto. Y ahí van a la cafetería, si la hay, o a cualquier cubículo, a hablar con las de su sexo de lo mal que las tratan mientras se preparan sus tortas, sus guisados, sus cafés, sus atoles. Y a darle vuelo a la boca y a la lengua. Les vale que todo se paralice, que no haya nadie que atienda. No, ellas a comer y a quejarse de todos. Y ay del que se atreva a interrumpirlas. Ellas gritan, alegan que son derechos sindicales ganados por su trabajo esclavizante. Y ahí siguen hablando y comiendo durante al menos una hora. Otra actuación ligada con la anterior es la de mujer seductora. Cuando ven que su marido o compañero está en realidad muy cansado, que lo único que quiere en la vida es dormir un rato, ellas empiezan a acariciarlo, a repegarse a él, a preguntarle si todavía la ama. Toman la mano del marido y la colocan sobre su pecho desnudo, la voz la hacen grave y cachonda, o al menos eso piensan que logran. Cuando el marido no reacciona juntan el papel de mujer fatal al de mártir. Y ahí vienen los reclamos, el que tú ya no me haces caso, de seguro tienes a otra, para qué te casaste conmigo si no me ibas a atender como mujer que soy, si ya te volviste gay, si no te importa que tenga depresión por tu frialdad. La tercera actuación es la de ser una mujer liberada que no necesita nada de los hombres, que todos le valen, que ella puede demostrar que todo lo puede hacer por sí sola para terminar pidiendo que le arreglen la plancha, que le cuelguen el cuadro, que suban el super porque está muy pesado, que le abran la puerta y la dejen pasar primero como debe ser. Jamás de los jamases se le puede ocurrir que en un naufragio se pueda gritar: primero los hombres y los niños. No, ahí siempre

primero las mujeres y los niños. Los hombres que se jodan. Porque eso sí, como mujer liberada ya dice groserías pero se enoja si alguien se las dice a ella. Una actuación siempre presente es la de ser un personaje eternamente joven, no importa que tenga cincuenta, sesenta o setenta años. Ella a ponerse ropa de joven, zapatos de joven, peinarse como joven, caminar como joven y actuar como joven. Esta actuación como que no la aprendieron muy bien en la escuela de la vida pues siempre les falla pero ellas siguen con su papel protagónico. ¿Otras actuaciones preferidas? Son muchas: las de mujer buena, la de magnífica ama de casa, de suegra amable, de abuela consentidora, de mejor amiga, de magnífica bailarina, de mujer alegre y simpática, de mujer vivida, de mujer conocedora del mundo, de mujer religiosa. La lista es enorme. En ocasiones les gustan papeles especiales, raros, como pueden ser el papel de mujer líder, de mujer bombera o minera, de mujer filósofa o matemática, de mujer buza, no de abusada sino que bucea en el mar. Afortunadamente la vida es muy variada y se pueden, por lo tanto, representar mil cosas distintas. Alguna mujer hasta ha tratado de representar a una mujer común y corriente y como ésta prácticamente no existe...

¿Qué piensan las mujeres si es que lo hacen? Se preguntó Lorenzo durante días y días. Esto era más difícil de observar porque los pensamientos son internos, no se ven. Llegó a varias conclusiones. Las mujeres piensan que todos los hombres les tienen que rendir pleitesía, merézcanslo o no. Que todos los hombres son tontos. Que a todos los hombres los pueden manejar. Que sin ellas el mundo se acaba pues son las que transmiten la vida. Que todo se merecen. Que si el mundo es lo que es se debe a ellas. Piensan que son las únicas que pueden cocinar, hacer ropa, dirigir a la familia, llevar la paz al mundo. También piensan que sin ellas las religiones no existirían pues son las que siguen los preceptos a pie de la letra, que Dios las ama más que a los hombres.

Lorenzo también piensa. Y su pensamiento se traduce en un ya basta de estudiar a las mujeres. Con lo que había visto era más que suficiente. Su deseo de ser mujer, sentir como mujer y pensar como mujer misteriosamente se le esfumó y ahora espera que jamás le regrese.

El día de hoy le empezó una nueva obsesión, cómo se sentirá ser marciano.

Tomás Urtusástegui

Agosto 2006